A PLEDGE FOR MORAL DEFIANCE

Una encíclica estadounidense

Sobre nuestra crisis autoritaria

Como líderes religiosos estadounidenses en 2026, nuestras diversas tradiciones de fe nos obligan a unirnos y a señalar el autoritarismo como una amenaza existencial para las personas a quienes servimos y la nación que amamos. Esta ideología corrupta no es nueva, pero nos ha llevado a la crisis actual. Porque amamos a nuestro prójimo y nuestras creencias, nos vemos obligados a cuestionar el autoritarismo que está surgiendo en los Estados Unidos de América. Nuestro testimonio contra este autoritarismo es nuestra obligación religiosa.

La verdadera adoración exige resistencia pública.

El silencio ante la tiranía es una apostasía cómplice. Debemos actuar ahora para enfrentar el autoritarismo, y debemos hacerlo juntos.

Escribimos para enfrentar el autoritarismo porque reconocemos su peligro. Sentimos su amenaza. La guerra asola naciones soberanas. La pobreza se agrava. Los inmigrantes, las personas de color y quienes simplemente son diferentes de los pocos privilegiados sufren ataques implacables, calculados y maliciosos. Al mismo tiempo, somos testigos de cómo el miedo que infunden las políticas autoritarias también reduce el mundo de las personas a quienes se les dice que esas acciones violentas las benefician, y damos fe del daño moral que experimentan quienes ejercen esa violencia. Nos vemos obligados a cuestionar el autoritarismo como parte de nuestra labor de atender a las personas de manera integral.

Reconocemos que el autoritarismo al que nos enfrentamos no es el mismo al que nuestros padres y abuelos, que prometieron «Nunca más», nos enseñaron a resistir. El ídolo que buscamos identificar es un autoritarismo que aprendió de los fracasos de Hitler y Stalin, Pinochet y Pol Pot, Bull Conner y Andrew Jackson. Escribimos para que nuestras comunidades de fe comprendan mejor los desafíos y las tentaciones particulares de este momento, especialmente sus dimensiones espirituales y religiosas.

Pero no escribimos simplemente para comprender e identificar esta amenaza. También confesamos nuestra complicidad en el auge del autoritarismo, no solo en nuestra nación, sino dentro de nuestras comunidades de fe. Esta crisis no nos ha sido simplemente impuesta. El autoritarismo suele explotar la religión dominante de una cultura para ganar adeptos. En los Estados Unidos, ha llegado envuelto en la bandera y portando una cruz. Aunque los líderes cristianos entre nosotros cargan con una responsabilidad especial, confesamos que quienes representamos a la gran mayoría de los creyentes de los Estados Unidos compartimos la responsabilidad de haber permitido que una minoría vociferante se apropiara del discurso moral en nuestra vida pública. Escribimos para declarar inequívocamente que la fe confinada al ámbito privado es una religión muerta.

El gran experimento de la democracia estadounidense nos brinda, a quienes pertenecemos a diferentes tradiciones de fe, la oportunidad de compartir espacios y poder. Aunque fueron principalmente las minorías cristianas las que defendieron la libertad religiosa durante el desarrollo de nuestro marco constitucional, su insistencia en que todas las personas estuvieran libres de una religión impuesta por el Estado y tuvieran libertad para practicar —o no practicar—cualquier tradición que eligieran ha creado las condiciones que nos permiten conocernos, aprender unos de otros, trabajar juntos por el bien común en nuestra vida pública y escribir esta encíclica a nuestras comunidades con una sola voz.

Nuestras tradiciones religiosas no son iguales. Representamos con orgullo a comunidades que albergan una amplia gama de opiniones políticas. Compartimos un compromiso con la participación política no partidista porque estamos convencidos de que algunas cuestiones no se refieren a la derecha frente a la izquierda, sino a lo correcto frente a lo incorrecto. Al observar el mundo, vemos los peligros de los movimientos autoritarios tanto de derecha como de izquierda. No nos oponemos al autoritarismo porque compartamos las mismas ideas políticas o las mismas tradiciones religiosas. Nos oponemos al avance del autoritarismo en este país porque el alma misma de nuestra nación está en juego si nos doblegamos ante sus exigencias.

Siempre que una ideología política exige nuestra lealtad absoluta, perdemos la libertad de hacer lo que consideramos más importante como seres humanos: adorar a Dios, amar al prójimo, cuidar de nuestro hogar en común y construir una comunidad de amor. Escribimos para identificar la actual crisis autoritaria, confesar nuestra responsabilidad, recordar nuestro poder y comprometernos con la acción conjunta porque conocemos los límites de la política. La manera en que nos organizamos como sociedad importa, y las decisiones de nuestros líderes electos tienen consecuencias reales. Pero todas nuestras tradiciones dan testimonio de que perdemos algo esencial de nuestra humanidad si cedemos ante las exigencias de un movimiento político que reclama nuestra lealtad absoluta o promete la salvación. Rechazamos el autoritarismo porque amamos a Dios, amamos a las personas y amamos los lugares que llamamos hogar.

Con esta encíclica dirigida a las personas de fe de los Estados Unidos, unimos nuestras voces para **comprometernos a una resistencia moral** en medio de la actual crisis autoritaria. Invitamos a todas las personas de fe y de conciencia a unirse a nosotros haciendo público este compromiso. E invitamos a quienes lo asuman a usar este documento, fruto de nuestro aprendizaje y discernimiento compartidos, como un catalizador para la enseñanza, el diálogo, la reflexión y la acción conjunta.

El compromiso de resistencia moral

Como persona de fe y de conciencia, creo que la verdadera adoración exige resistencia pública al autoritarismo y acción directa para garantizar que nuestra democracia funcione para todas las personas.

Guiado por el amor a mi prójimo y a mi comunidad, me comprometo a:

Rechazar el autoritarismo y negarme a otorgar mi lealtad absoluta a cualquier ideología o líder político.

Arrepentirme de mi silencio y complicidad, reconociendo que la religión confinada al ámbito privado es una religión muerta.

Actuar en solidaridad con personas de diversas tradiciones para proteger a los grupos vulnerables de ataques violentos y maliciosos.

Unirme a mi projimo para señalar la inscripción de votantes, la movilización electoral, la protección de los votantes y el apoyo a la infraestructura electoral como acciones prioritarias para todas nuestras comunidades.

Defender la libertad de conciencia, garantizando que todas las personas sigan siendo libres de practicar —o no practicar— una fe en los Estados Unidos.

Me comprometo a resistir fielmente el autoritarismo. Elijo, en cambio, adorar únicamente a lo divino, amar al prójimo y construir una comunidad de amor.

Firmantes iniciales

Agregue su firma aquí: **www.moraldefiance.org**

Rev. Dra. SanDawna Gaulman Ashley
Líder sinodal, Synod of the Northeast Presbyterian Church (USA)

Nihad Awad
Director ejecutivo, Council on American-Islamic Relations (CAIR)

Obispo William J. Barber, II
Presidente, Repairers of the Breach
Director, Center for Public Theology and Public Policy de Yale Divinity School

Venerable Bikkhu Bodhi
Presidente, Buddhist Association of the United States

Rev. Thomas L. Bowen
Secretario general, Progressive National Baptist Convention

Shane Claiborne
Presidente, Red Letter Christians

Rev. Dra. Jennifer Copeland
Directora ejecutiva, North Carolina Council of Churches

Rev. Laura Everett
Directora ejecutiva, Massachusetts Council of Churches

Rev. Dr. Willie Dwayne Francois III
Segundo vicepresidente, Progressive National Baptist Convention

Rev. Juan L. Garcia
Pastor, Primera Iglesia Bautista Newport News, VA

Rev. Darrell L. Goodwin, ministro ejecutivo de la conferencia y presidente
Southern New England Conference, United Church of Christ

Rev. Lucas Grubbs
Director ejecutivo, New Mexico Conference of Churches

Presbítera Suzanne P. Kelly
Directora ejecutiva, Minnesota Council of Churches

Rev. Stephanie Kendell, ministra principal y presidenta
National City Christian Church and Foundation

Jeremy Langill
Ministro ejecutivo, Rhode Island State Council of Churches

Rev. Marcus Leathers
Ministro regional, Christian Church (Disciples of Christ)

Rev. Dr. Alvin. O'Neal Jackson
Presidente, The Jax II Initiative, LLC

Rev. Carlos L. Malavé
Presidente, Latino Christian National Network

Rev. Dr. Russell Meyer
Director ejecutivo, Florida Council of Churches

Rev. Jihyun Oh
Secretaria permanente de la Asamblea General y directora ejecutiva de Presbyterian Life & Witness de Presbyterian Church (USA)

Frank J. So
Director ejecutivo, Ecumenical Ministries of Oregon

Rev. Teresa «Terri» Hord Owens
Ministra general y presidenta, Christian Church (Disciples of Christ) en los Estados Unidos y Canadá

Rev. Dra. Kerri Parker
Directora ejecutiva, Wisconsin Council of Churches

Rev. Dr. Rick Schlosser
Director ejecutivo, California Council of Churches

Katie Sexton
Directora ejecutiva, Arizona Faith Network

Rev. Adam Taylor
Presidente, Sojourners y Sojo Action

Rev. Dra. Karen Georgia Thompson
Ministra general y presidenta/directora ejecutiva, United Church of Christ

Phillip Veatch y Noah Bishop Merrill
Secretario presidente y secretario, New England Yearly Meeting of the Religious Society of Friends (cuáqueros)

Rev. Jonathan Wilson-Hartgrove
Subdirector, Center for Public Theology and Public Policy de Yale Divinity School
Presidente de la junta directiva, Repairers of the Breach

Identificar nuestra crisis

Cualquier persona que visite la capital de nuestra nación en 2026 puede ver que algo ha cambiado. Cuando un grupo central de nosotros se reunió en Washington, DC, en agosto de 2026, vimos a miembros uniformados de la Guardia Nacional patrullar las calles y los parques. La Casa Blanca está oculta tras cercas y barreras temporales que sugieren un estado de emergencia. De los edificios federales cuelgan pancartas propagandísticas con la imagen del presidente en funciones, como si fuera el gobernante vitalicio de un régimen totalitario.

Estas señales visuales son más que meros símbolos; son indicios de cambios radicales en las políticas y prácticas de nuestro gobierno. El poder ejecutivo ha ignorado la facultad del Congreso para imponer aranceles y hacer la guerra, y los líderes del Congreso han cedido ante estos abusos de poder. La Corte Suprema ha dictaminado que la Ley del Derecho al Voto ya no es necesaria, y las legislaturas estatales han respondido con manipulaciones de los distritos electorales diseñadas para quitar escaños a representantes negros y de otras comunidades de color en el sur de los Estados Unidos. El abogado personal del presidente ha sido confirmado como fiscal general por el Senado de los Estados Unidos, y el Departamento de Justicia ha dejado de perseguir la corrupción para dirigir sus acciones contra quienes considera enemigos de la administración. El Servicio de Inmigración y Control de Aduanas se ha convertido en la agencia de aplicación de la ley más grande del mundo, con una red nacional de centros de concentración. Desde el comienzo del segundo mandato de la actual administración, en 2025, los académicos que estudian la erosión de la democracia advierten de una aceleración radical de las prácticas autocráticas.

Leemos sobre estos cambios radicales en medios de comunicación que intentan informar sobre «ambos lados» de un conflicto en el que las personas no siguen las mismas reglas. Aunque conocemos los hechos, puede resultar difícil discernir la verdad. Sin embargo, experimentamos su impacto en las comunidades que conocemos y a las que servimos. Hombres enmascarados han irrumpido en nuestros vecindarios y espacios sagrados, llevándose a personas que conocemos

y amamos sin el debido proceso legal. Vecinos que han cuestionado esta práctica radical de manera no violenta han sido abatidos a tiros en la calle. Familias que dependen de la asistencia alimentaria para alimentar a sus hijos mientras trabajan en empleos de bajos salarios han perdido sus beneficios, al tiempo que todos hemos visto aumentar los precios de los alimentos. Miembros de nuestras comunidades que pudieron acceder por primera vez a la atención médica en los últimos años han perdido su cobertura, a medida que los recortes al presupuesto federal aprobados por el Congreso en 2025 han comenzado a llegar a nuestros estados en 2026. Mientras la mayoría de los estadounidenses se sienten conmocionados y asfixiados económicamente, somos testigos de la corrupción flagrante que desvía fondos públicos hacia personas con conexiones políticas y de cómo familiares y amigos del presidente usan los cargos públicos para obtener miles de millones de dólares. Las extrañas celebraciones del 250.º aniversario de los Estados Unidos, transmitidas desde escenarios ostentosos y un Despacho Oval dorado, suenan vacías.

Pero estas son solo las señales externas de nuestra crisis actual. Con demasiada frecuencia no se las identifica claramente en nuestras comunidades de fe porque los líderes religiosos tememos que nos consideren partidistas o nos ataquen por ser «demasiado políticos» si decimos la verdad sobre lo que todos pueden ver. Durante generaciones, nuestra práctica de la separación entre la Iglesia y el Estado en los Estados Unidos ha implicado el compromiso de no pronunciarnos a favor ni en contra de partidos políticos o candidatos. Esta postura encierra sabiduría, pues permite abrir espacio para los debates que existen en una democracia saludable entre personas que comparten una misma comunidad de fe. Pero el movimiento autoritario al que nos enfrentamos no busca ganar un debate abierto en nuestras comunidades. Como una pareja abusiva que intenta controlar una sesión de terapia o un acosador que se apodera de una reunión de comité, el autoritarismo se arroga el papel de árbitro de la verdad y demoniza a cualquiera que cuestione sus mentiras. Si no identificamos este hecho fundamental de nuestra crisis actual, mentimos.

Como personas que hemos prometido predicar la verdad, debemos cuestionar las mentiras. Las elecciones de 2020 no fueron robadas. Los inmigrantes no son delincuentes y violadores que corrompen nuestras comunidades. Las personas pobres no son un lastre que hunde a nuestro país en deudas. Insistir en que las empresas paguen un salario digno o en que todas las personas merecen atención médica no perjudica a una economía. No necesitamos un caudillo que nos salve de la crisis que él mismo ha fabricado. Estas son mentiras que se han repetido para acelerar nuestra crisis actual.

Que a nosotros mismos nos cueste decir la verdad es un síntoma interno de nuestra crisis compartida. A medida que la mentira se normaliza en la vida pública, se vuelve difícil conocer y decir la verdad en cualquier ámbito. Cuando la corrupción se exhibe con descaro en los más altos niveles del gobierno, nos cuesta explicarles a los niños por qué está mal robarle a un vecino. Si las figuras públicas faltan al respeto a las personas por ser quienes son, las normas que hacen posible la vida en común en nuestras comunidades ricas y diversas comienzan a deshilacharse. Aunque esto no es exclusivo de nuestra crisis actual, es un patrón constante de los movimientos autoritarios en la historia humana: hacen más que quebrantar las normas políticas existentes. El autoritarismo interrumpe las prácticas compartidas que nos recuerdan quiénes somos. No solo dificulta percibir la verdad; busca desdibujar la distinción entre la verdad y la falsedad. Los autoritarios quieren hacernos creer que ellos definen la verdad.

¿Cómo es posible que una nación que luchó contra los nazis en Europa y libró una Guerra Fría en nombre de la libertad, mientras celebraba a los disidentes que cuestionaban esos regímenes autoritarios, no haya logrado identificar y resistir eficazmente el surgimiento de un movimiento autoritario en su propio seno? Nos engañamos si no recordamos que esta ideología siempre ha estado entre nosotros. Aunque muchos estadounidenses siempre han resistido el autoritarismo, sus mentiras alimentaron la imaginación de nuestros antepasados europeos durante el genocidio que nuestros mayores indígenas estadounidenses llaman el primer capítulo de nuestra historia compartida. El autoritarismo apuntaló la institución de la esclavitud racial que trataba a los seres humanos

como propiedad y que impulsó el ascenso de la economía de los Estados Unidos como competidora de las potencias imperiales europeas del siglo XIX. Una delegación de juristas nazis viajó a los Estados Unidos para estudiar las leyes de Jim Crow en la década de 1930 y consideró que su regla de «una sola gota» para determinar la pureza racial era demasiado extrema. En el sentido más elemental, el autoritarismo ha podido arremeter contra los instrumentos de nuestro gobierno en el siglo XXI porque siempre ha estado aquí. Sí, los Estados Unidos ayudaron a derrotar a los nazis en la década de 1940. Pero nuestras ideas del Destino Manifiesto y de «separados pero iguales» también inspiraron el expansionismo nazi en nombre del Lebensraum y el antisemitismo plasmado en las Leyes de Núremberg. La ideología que buscamos identificar y resistir siempre ha estado con nosotros, exigiendo nuestra lealtad.

Cabe señalar que la Alemania de la década de 1930 y los Estados Unidos de la década de 2020 también tienen esto en común: somos democracias en las que un movimiento autoritario obtuvo el control del gobierno mediante unas elecciones. Las encuestas de opinión pública en los Estados Unidos revelan hoy que dos tercios de los estadounidenses no apoyan las acciones autoritarias que describimos aquí ni las mentiras que se dicen para justificarlas. Esto resulta tranquilizador, pero no debemos olvidar que lo mismo ocurría con la opinión pública en Alemania en 1933: dos tercios de los alemanes no apoyaban el extremismo nazi cuando Hitler llegó al poder. Los autoritarios no buscan persuadir a una mayoría. Explotan las vulnerabilidades de instituciones democráticas imperfectas para tomar el control del gobierno y luego usan esos instrumentos contra la mayoría de la población para consolidar su poder. Lo único que puede revertir semejante captura de la democracia es un movimiento moral de ciudadanos de amplia base que recupere los instrumentos de nuestro gobierno.

Los estudiosos del autoritarismo nos dicen que los movimientos como el que ahora controla nuestro gobierno fabrican sistemáticamente amenazas que les permiten presentarse como salvadores y luego reivindicar autoridad moral para defender la democracia. No se presentan como enemigos de la democracia,

sino como sus defensores. Mientras las coaliciones «prodemocracia» intentan mantener el statu quo, los autoritarios aprovechan las vulnerabilidades para sembrar la división y explotan los conflictos que fomentan para justificar medidas de emergencia. El autoritarismo al que nos enfrentamos se nutre de un movimiento cultural y religioso que culpa a algunos vecinos por las dificultades que otros experimentan y otorga una aprobación divina a medidas extremas para expulsar de entre nosotros a quienes han sido estigmatizados. Los ataques violentos contra inmigrantes, comunidades indígenas, votantes negros y de otras comunidades de color, personas queer y trans, personas pobres, algunas mujeres y vecinos con discapacidades no son transgresiones que este movimiento autoritario excuse; son acciones que los autoritarios aseguran realizar por el bien del pueblo (de su pueblo), en defensa de la democracia (de su versión de ella) y al servicio de un plan divino (de la versión que afirman profesar).

Como líderes religiosos, comprendemos que la religión ocupa un lugar central en el movimiento autoritario particular al que nos enfrentamos.

Confesar nuestra responsabilidad

Lo que los sociólogos describen a partir de la observación, nosotros lo sabemos por experiencia: la fe tiene el poder de moldear la imaginación moral de una comunidad y unirnos en un propósito común, incluso ante la resistencia constante. Por eso, mucho antes de que el autoritarismo tomara el control de nuestro gobierno, se infiltró en nuestras comunidades de fe. Al igual que el autoritarismo que hace posible, el nacionalismo religioso es una ideología que siempre ha estado presente en nuestra historia compartida, desde los puritanos que libraron una guerra santa contra los indígenas hasta los sacerdotes que enseñaron la religión del amo esclavista a las personas esclavizadas. Sin embargo, en este momento particular, nuestra crisis autoritaria se ha visto facilitada por organizaciones que comenzaron en la década de 1970 a construir un movimiento político capaz de organizar en torno a la religión, en lugar de la raza, a las personas que se habían resistido a los movimientos por los derechos civiles y humanos.

Confesamos que nuestras instituciones y sus líderes tardaron demasiado en identificar esta estrategia, enfrentarla como una obligación moral y ofrecer una visión moral alternativa convincente para nuestra vida en común.

Los sociólogos han medido el crecimiento de la ideología promovida por este movimiento político tanto como «nacionalismo cristiano» como «nacionalismo cristiano blanco», por la manera en que esta ideología explota la presunción de la condición blanca y los símbolos culturales de la fe cristiana. Quienes entre nosotros somos cristianos y hemos hecho votos de proclamar nuestra fe declaramos inequívocamente: la ideología autoritaria se apropia del lenguaje y de los símbolos de nuestra tradición. El nacionalismo cristiano es una herejía. El nacionalismo cristiano usa indebidamente nuestra fe de manera intencional para engañar, corromper y robar a nuestro único Señor y Salvador, Jesucristo.

Quienes representamos tradiciones no cristianas también queremos dejar claro que nuestras tradiciones son igualmente susceptibles a este tipo de manipulación y que, incluso en este contexto estadounidense en el que no hemos sido mayoría, nuestras comunidades pueden verse atraídas por los patrones del nacionalismo religioso. Para quienes somos negros, de otras comunidades de color, asiáticos, indígenas y de ascendencia mixta, es igualmente importante reconocer una realidad que a menudo se pasa por alto: nuestras comunidades también son susceptibles al atractivo cultural de un nacionalismo religioso que adopta los hábitos de la cultura blanca, sea cual sea el color de nuestra piel.

Nos unimos para confesar el peligro real y presente del nacionalismo religioso porque sabemos que nos afecta a todos.

Esta persistencia del nacionalismo religioso y las pruebas claras de su atractivo en muchas comunidades nos llevan a plantear preguntas más profundas sobre las fuentes de su fuerza. Así como la atracción de una persona con una adicción por algo que la perjudica revela un hambre profundamente humana, creemos que el auge del nacionalismo religioso que ha alimentado nuestra crisis actual revela un hambre de sentido propia de nuestro tiempo. Los psicólogos nos dicen que estamos viviendo una epidemia de soledad en los Estados Unidos. Las tasas de

suicidio, sobredosis de drogas y autolesiones indican una desesperación creciente como tendencia a largo plazo. ¿Cómo puede el futuro parecer tan sombrío para tantas personas cuando observamos un crecimiento económico continuo, un aumento de la esperanza de vida y avances tecnológicos que parecen conectar a las personas de maneras nunca antes experimentadas?

Nuestra experiencia de trabajo con personas en comunidades de fe sugiere que nuestras instituciones públicas no han logrado medir algunos de los indicadores de bienestar más importantes para las personas. Mientras el producto interno bruto ha seguido creciendo, la proporción total de la economía que corresponde a la mayoría de nosotros se ha reducido, al tiempo que un pequeño número de personas se ha vuelto inimaginablemente rico. Esta desigualdad económica genera ira y resentimiento, y lleva a las personas a desconfiar de un gobierno en el que representantes de ambos partidos apoyaron políticas que vaciaron de recursos y oportunidades los lugares que llamamos hogar.

Nos duele confesar que no hemos logrado cuestionar e inspirar proféticamente a los líderes políticos de ambos partidos para que asuman la causa de los pobres y vulnerables que todas nuestras tradiciones nos llaman a mantener ante la sociedad por el bien de todos.

No nos enorgullece cuestionar a los líderes autoritarios actuales ni al consenso neoliberal bipartidista que abrió la puerta a su atractivo entre personas decepcionadas y enojadas. Al reconstruir la historia de cómo llegamos como pueblo a este punto, nos vemos confrontados con nuestra propia gestión al frente de las comunidades religiosas que nos fueron legadas.

Cuando intentábamos ascender, no dedicamos suficiente tiempo a escuchar a los pobres y desatendidos. Cuando intentábamos hacer crecer nuestras congregaciones, descuidamos la construcción de coaliciones proféticas que pudieran ofrecer una visión a nuestros líderes políticos. Cuando intentábamos construir organizaciones y relaciones que pudieran influir en quienes ostentaban el poder, una generación perdió la fe en sus líderes políticos, y muchos de sus integrantes perdieron la fe en nosotros.

Nos unimos en esta confesión pública con la esperanza de que no solo podamos reencontrarnos con nuestras vocaciones sagradas, sino también con las personas de nuestras comunidades que, con razón, se sienten abandonadas.

Recordar nuestro poder

Confesar nuestra complicidad en la crisis actual es asumir nuestra responsabilidad. Pero si nosotros y nuestras comunidades hemos contribuido a esta crisis, también tenemos el poder de tomar decisiones diferentes y contribuir a una resistencia moral que exija un futuro mejor para todos. Apoyándonos en nuestras tradiciones y en la sabiduría que nos han inculcado, unimos nuestras voces para recordar nuestro poder y renovar nuestro compromiso con la teología pública.

En el judaísmo, el concepto de Tikkun Olam —reparar el mundo— ofrece un marco antiguo para la teología pública. La Biblia hebrea vincula estructuralmente la santidad con la manera en que una sociedad trata a los más vulnerables: la viuda, el huérfano y el extranjero. Según el profeta Isaías, Dios rechaza explícitamente el ayuno ritual o la práctica religiosa desvinculados de la justicia pública. «¿No es este el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de impiedad… dejar libres a los oprimidos?». El libro del Deuteronomio expresa el mismo valor como un imperativo: «Justicia, justicia perseguirás».

Aunque todas nuestras tradiciones religiosas surgieron en un mundo predemocrático, comparten valores protodemocráticos que han sustentado todos los movimientos morales hacia una unión más perfecta en la historia de esta nación. Aunque nuestro lenguaje y nuestros relatos fundamentales difieren, cada una de nuestras tradiciones da testimonio de la dignidad fundamental de todas las personas, de la libertad de elección y de conciencia que es básica para la experiencia humana, del respeto al Estado de derecho, del reconocimiento de la diversidad de la creación, del bien del extranjero, de la importancia del bien común y de la noción de que estamos llamados a colaborar con lo divino en nuestra labor aquí en la tierra.

La tradición profética negra se niega a separar la piedad personal de la rectitud social, en un desafío directo a la concesión herética del nacionalismo religioso del esclavista. En la historia estadounidense, este es un recurso especialmente poderoso al que recurrir cuando buscamos recuperar nuestro poder. Dentro de la tradición cristiana más amplia, los primeros Padres y Madres de la Iglesia entendían el Evangelio no simplemente como un boleto al cielo, sino como una fuerza pública transformadora. Usaban habitualmente sus voces para enfrentar la codicia sistémica, el acaparamiento y la violencia avalada por el Estado.

Jesús inicia su ministerio público en el Evangelio de Lucas proclamando la liberación estructural: «El Espíritu del SEÑOR… me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres… para poner en libertad a los oprimidos». Basilio el Grande predicó: «El pan que retienes pertenece al hambriento; el abrigo que guardas en tus arcas cerradas pertenece al desnudo». «Cuando retenemos más de lo que necesitamos —añadió Juan Crisóstomo—, tomamos lo que pertenece a otros… No es tu propia riqueza la que distribuyes al pobre; simplemente le devuelves lo que es suyo». La Madre del Desierto, Macrina la Joven, fue igualmente clara respecto de la visión económica de la fe cristiana: «Nadie debe decir “nuestra casa” o “nuestra propiedad”, sino “nuestra vida” y “nuestra comunidad”… porque la propiedad común de todo es el orden correcto de la naturaleza». Estas enseñanzas capacitan a los cristianos para refutar a quienes afirman que la caridad es solo una obligación personal y para enfrentar las políticas que mantienen a la mayoría en la pobreza, mientras una exigua mayoría padece una riqueza extrema y la elevada opinión de sí misma que surge de las mentiras usadas para sostener un sistema injusto.

El relato fundacional del islam tiene sus raíces en una revuelta pública contra la estructura social depredadora y dominada por las élites de La Meca del siglo VII. El Corán establece la justicia y la erradicación de la opresión como imperativos espirituales fundamentales que deben ponerse en práctica en el espacio público. La sura An-Nisa sitúa el compromiso con la justicia pública por encima de la lealtad familiar: «Oh, creyentes, manténganse firmes en la justicia, como testigos de Alá, aunque sea en contra de ustedes mismos o de sus padres y parientes».

La sura Al-Ma'un declara falsa la religión cuando ignora el bienestar social: «¿Has visto a quien niega la Retribución? Ese es quien rechaza al huérfano y no anima a alimentar al pobre». El islam prohíbe la usura y exige un impuesto sobre la riqueza como parte del sistema para evitar que el capital se concentre únicamente entre los ricos. Como expone la sura Al-Hashr, los recursos deben cambiar de manos «para que no circulen perpetuamente entre los ricos de entre ustedes».

En la tradición indígena estadounidense, el Creador y Dador de Vida anima un universo en el que todos los seres vivos, las montañas y el agua poseen un carácter absolutamente sagrado. La tierra no es una mercancía para el acaparamiento empresarial, sino un santuario vivo para la oración y la armonía comunitaria. La destrucción autoritaria de los espacios sagrados es un ataque contra la vida misma, como nos han mostrado en los últimos años Apache Stronghold en Oak Flat y los Protectores del Agua en Standing Rock. La justicia exige defender el ecosistema local, honrar los relatos de acciones justas y combatir el desprecio por las leyes espirituales que permite a la codicia empresarial profanar lo sagrado. La verdadera fe reconoce la experiencia del misterio y el asombro en el mundo, y nos obliga a todos a resistir a las fuerzas empresariales que tratan la vida como una transacción.

Los mecanismos estructurales del autoritarismo contradicen por completo los fundamentos del gobierno democrático enunciados en los textos fundacionales de nuestra vida en común en los Estados Unidos. Aunque no consideramos sagrados estos textos, sí reflejan valores que compartimos en un lenguaje que nos resulta familiar a todos. El Preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos establece explícitamente que el propósito de nuestra unión es «establecer la Justicia, garantizar la Tranquilidad interna, proveer a la defensa común, promover el Bienestar general y asegurar las Bendiciones de la Libertad para nosotros y nuestra Posteridad». Los autoritarios socavan activamente estos objetivos. Sustituyen el «Bienestar general» por los intereses de las élites multimillonarias, desmantelan la «Justicia» para proteger a los poderosos y destruyen la «Tranquilidad interna» al fabricar divisiones sociales.

Cuando las naciones abandonan estos principios éticos fundamentales, se exponen al colapso existencial. A pesar de su profunda complicidad con los abusos de la esclavitud, Thomas Jefferson reconoció esta realidad y la expresó como una vulnerabilidad ante lo divino: «Tiemblo por mi país cuando reflexiono que Dios es justo, que Su justicia no puede dormir para siempre». Esta advertencia fue posteriormente retomada y amplificada por el Dr. Martin Luther King Jr., quien diagnosticó las fallas fundamentales de la nación a través de una tríada de males: racismo, explotación económica y militarismo. En un momento en que era duramente criticado por ser «demasiado político», tanto por sus correligionarios como por sus aliados en la lucha por los derechos civiles, el Dr. King aceptó la carga de formular una denuncia pública contra una nación que acapara una riqueza excesiva mientras abandona sus deberes morales: «Si los Estados Unidos no usan sus vastos recursos de riqueza para acabar con la pobreza y hacer posible que todos los hijos de Dios tengan lo indispensable para vivir —predicó—, también irán al infierno».

La lucha contra estos tres males exige un rechazo absoluto de la violencia avalada por el Estado y de la guerra. Aunque la obediencia profética del Dr. King le costó la vida, su esposa, Coretta Scott King, amplió su crítica profética apenas unas semanas después de su asesinato al cuestionar directamente la violencia sistémica incorporada en las prioridades de la nación y ofrecer una definición de violencia que aún conmueve la conciencia de quienes están dispuestos a escuchar. «La pobreza es violencia», dijo a quienes se habían reunido para el Día de la Solidaridad de la Campaña de los Pobres en 1968. «Matar de hambre a un niño es violencia. Suprimir una cultura es violencia. Desatender a los escolares es violencia. Discriminar a una persona trabajadora es violencia. La vivienda en guetos es violencia. Ignorar las necesidades médicas es violencia. El desprecio por la igualdad es violencia. E incluso la falta de voluntad para ayudar a la humanidad es una forma enfermiza y siniestra de violencia».

Incluso en las horas más oscuras de los excesos autoritarios, un destino mayor gobierna la historia humana. Theodore Parker señaló por primera vez, y el Dr. King popularizó de manera célebre, la verdad perdurable de la física espiritual:

«El arco del universo moral es largo, pero se inclina hacia la justicia». Este arco moral no se inclina por sí solo. Con la ayuda divina, nosotros inclinamos el arco. Los avances hacia una unión más perfecta requieren el peso deliberado de los líderes de fe, el valor de los organizadores proféticos, la fortaleza de los líderes electos con principios éticos y la presión incansable de coaliciones de ciudadanos que dicen la verdad al poder y emprenden acciones directas para convertirse en el cambio que queremos ver en el mundo.

Nuestras creencias ofrecen poderosos recursos morales y espirituales para una teología pública sólida en este momento. Debemos recuperar estos tesoros y revitalizar su enseñanza, al tiempo que reconocemos que nuestros espacios físicos han formado parte de la infraestructura de movimientos que han resistido el autoritarismo aquí, en los Estados Unidos, y en todo el mundo. Exhortamos a los centros de culto de todo el país a recordar nuestro poder para acoger a los movimientos que cuestionan el autoritarismo y dar una plataforma al llamado al valor moral para reconstruir la democracia.

Debemos dar la bienvenida a estos movimientos en nuestros espacios y debemos salir con nuestra gente al espacio público para organizarnos, proteger los espacios cívicos y protestar contra la injusticia. La verdadera liberación no puede producirse de manera aislada; exige una solidaridad interseccional que trascienda las diferencias de fe, raza y clase. La comunidad de fe tiene un papel esencial que desempeñar, pero no podemos hacerlo solos ni de manera compartimentada. Al recordar nuestro poder, recordamos que siempre hemos trabajado mejor cuando lo hemos hecho en coalición con personas de otras creencias, con otras profesiones, con grupos sindicales y cívicos, con organizaciones de derechos civiles y con sociedades de ayuda mutua.

Somos herederos de los abolicionistas que construyeron un movimiento moral para cuestionar la esclavitud que trataba a las personas como propiedad, y de las sufragistas que trabajaron junto a ellos. Hemos aprendido de los movimientos sindicales estadounidenses y de las luchas no violentas del siglo XX a liberar la fuerza del alma y a construir coaliciones de convergencia que enfrenten las estrategias de dividir para conquistar, creando espacio para el cambio que

queremos ver mientras construimos poder para impulsar las políticas que podrían facilitar ese cambio para todos. Hemos aprendido de Martin Luther King, Jr. y Malcolm X, de Sojourner Truth y Mother Jones, de Ella Baker y Harvey Milk, de los Protectores del Agua y del movimiento Moral Mondays.

Unimos nuestras voces a las de estos antepasados para declarar que es nuestra responsabilidad moral recordar nuestro poder moral en este momento.

Comprometernos con la acción

De esta rica tradición y esta nube de testigos hemos heredado una serie de tácticas necesarias para actuar fielmente en este momento. Debemos orar y protestar, marchar y organizarnos, boicotear y construir poder, resistir sin violencia y cuidar con creatividad, inscribir votantes y cuestionar la subversión electoral. Nuestra atención a los movimientos autoritarios de otras partes del mundo y del sur de los Estados Unidos —muchos de los cuales están conectados organizativamente con nuestra actual crisis autoritaria— nos ha enseñado que es posible revertir la erosión de la democracia, incluso después de que los autoritarios hayan tomado el control de los instrumentos del gobierno. Pero no es fácil, y se vuelve más difícil cuanto más tiempo se interrumpen las normas democráticas. Una táctica constante de los autoritarios es atacar a toda oposición y limitar los medios de disenso público. Nos unimos para comprometernos a usar nuestro poder para emprender todas las acciones no violentas que estén a nuestro alcance. Si no actuamos ahora, es posible que no podamos hacerlo después.

Reconocemos que la vigilancia, el acoso, los ataques personales, la persecución penal selectiva, las investigaciones de organizaciones y las campañas de desinformación figuran entre las tácticas que despliegan los autoritarios no solo para limitar las acciones de sus objetivos, sino para infundir un miedo que obligue a otros a obedecer por anticipado. Cuando un régimen autoritario no puede silenciarnos, intentará persuadir a nuestros amigos para que nos den la espalda. Unimos nuestras voces para decir que no permitiremos que se aísle

a quienes actúen para cuestionar el autoritarismo. Actuaremos juntos y nos solidarizaremos unos con otros incluso cuando no podamos estar físicamente juntos.

Sostenemos que el amor en acción es más poderoso que cualquier forma de coerción o violencia. Esto no es una ilusión, sino la sabiduría de nuestras tradiciones religiosas y una lección de los movimientos que lograron resistir el autoritarismo durante el último siglo. Cuando actuemos, lo haremos con el poder del amor. Usaremos todos los medios no violentos para bloquear las políticas violentas y a quienes las apoyan y promulgan, pero no odiaremos a sus perpetradores. Nos negamos a creer que no podamos recuperar a nuestros vecinos de un movimiento al que, en última instancia, no le importan. Oramos incluso por quienes han sido engañados para que crean que son el instrumento de Dios para destruir el aparato administrativo del Estado y restaurar una supuesta gloria pasada de este país. Nadie está más allá de la redención, pero, para salvarse de la ideología que ha reclamado su lealtad, tendrán que perder el poder del que han abusado. Así como una familia amorosa ayuda a liberar a una persona alcohólica de la botella que la controla, actuaremos para apartar a los líderes del autoritarismo estadounidense de las posiciones de poder en nuestra sociedad.

Actuaremos para cuidar a las familias que han perdido su atención médica y a las familias que han perdido a sus seres queridos en centros de concentración en suelo estadounidense y en centros de traslado extrajudicial en todo el mundo. Con los recursos que están a disposición de nuestras comunidades y organizaciones, actuaremos para curar las heridas de los vecinos que están siendo aplastados por la violencia de las políticas de un régimen autoritario. Pero nuestra teología pública rechaza la falsa dicotomía según la cual la comunidad religiosa actúa para cuidar a los vulnerables mientras los políticos actúan para dar forma a las políticas. El amor nos obliga a presentar peticiones a nuestros representantes, orientar a nuestros legisladores y exigir justicia a nuestros líderes como un acto de devoción fiel. Persistiremos en nuestros llamamientos públicos a favor de políticas públicas justas, incluso cuando quienes ostentan el poder se

nieguen a escuchar. No permitiremos que nuestros hijos crezcan en comunidades que omitan protestar contra las injusticias y llamar a todos a actuar con justicia.

Actuaremos para construir coaliciones comprometidas con la búsqueda de los bienes públicos que la mayoría desea y que todos necesitamos. Promoveremos una agenda moral que frene la corrupción pública, insista en que las personas ricas y las empresas paguen la parte que les corresponde, garantice a todos los trabajadores un salario digno y a todas las personas el derecho a la atención médica y a la vivienda, invierta en las escuelas públicas y en el cuidado de nuestra casa común, proteja los derechos civiles y la libertad de todas las personas y ponga fin a las guerras innecesarias e injustas emprendidas por decisión propia que violan el derecho internacional. Exigiremos que cualquier partido político o candidato a un cargo público responda cuál es su postura sobre estas cuestiones, y haremos rendir cuentas a quienes sean elegidos para servir al pueblo estadounidense.

Reconocemos que un movimiento minoritario ha podido obtener el control de nuestro gobierno federal porque el número de personas que no votan en unas elecciones nacionales supera el de quienes votan por cualquier candidato. La reconstrucción de la democracia que necesitamos exige volver a involucrar a los ciudadanos que han optado por no participar, en gran medida porque no creen que su voto pueda marcar una diferencia en su vida cotidiana. Una vez que los movimientos autoritarios contemporáneos controlan los instrumentos de un gobierno, inevitablemente trabajan para conservar ese poder mediante la subversión de las elecciones. Ya vemos que esto ocurre en los Estados Unidos cuando empleados del gobierno repiten mentiras sobre el fraude electoral, el gobierno federal intenta obtener acceso a los padrones electorales estatales, el Departamento de Justicia realiza redadas en las juntas electorales de los condados y el presidente amenaza con declarar un estado de emergencia que retrasaría o alteraría las elecciones de mitad de mandato de 2026. En este contexto, nos unimos para señalar la inscripción de votantes, la movilización electoral, la protección de los votantes y el apoyo a la infraestructura electoral como acciones prioritarias para todas nuestras comunidades. Alentamos a nuestros miembros

a ofrecerse como trabajadores electorales voluntarios, y los bendecimos al salir a realizar esta labor. Organizaremos campañas de inscripción en nuestras comunidades, nos uniremos a aliados comunitarios en iniciativas para promover la participación electoral y encabezaremos marchas a los centros de votación para proclamar de manera visible que votar es un acto sagrado y que ningún votante habilitado debe ser intimidado ni rechazado en las urnas.

Nos comprometemos con estas acciones desde la esperanza. Otro camino es posible, y debemos seguirlo. Pero nuestro compromiso con estas acciones no depende de su éxito inmediato. La fe moldea nuestra imaginación moral incluso cuando la evidencia sugiere que nuestras acciones quizá no alcancen sus fines deseados de inmediato. Quienes ceden ante las exigencias del autoritarismo están dispuestos a ganar por cualquier medio porque no tienen esperanza más allá de sí mismos y de sus propios poderes. Pero quienes rechazamos esta ideología no permitiremos que los horrores a los que nos oponemos nos transformen en aquello contra lo que luchamos. Nos comprometemos a actuar fielmente contra este autoritarismo actual, e invocamos al cielo y a todo lo sagrado para que acudan en nuestra ayuda y nos protejan en este tiempo de prueba.